

cayó enfermo, se hacían cada día mas audaces, y llevaban sus atrevidas expediciones hasta las mismas puertas de Córdoba. Mozhafí no carecía para rechazarlos ni de dinero, ni de tropas, pero no entendiendo nada de guerra, no hacía casi nada en defensa del país. La sultana Aurora se alarmaba con razon, tanto de los progresos de los Cristianos, como del descontento de los Andaluces, que era su consecuencia. Comunicó sus temores á Ibn-Abí-Amir á quien hacía mucho tiempo que indignaban la debilidad y la incapacidad de su colega, pero que tranquilizó á la Sultana diciéndole que, si conseguía obtener dinero y el mando del ejército estaba seguro de vencer al enemigo. (1) Despues de esta conversacion, dijo espresamente á su colega que, si persistía en su inactividad pronto se les escaparía el poder y que no solo era su deber sino tambien su interés tomar sin demoras medidas enérgicas. Mozhafí, que conocía tenía razon, reunió entónces á los visires y les propuso enviar un ejército contra los Cristianos. Esta proposicion combatida por

---

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 148.

alguno, fué aprobada por la mayoría y se trataba solo de saber quién mandaría el ejército, pero la responsabilidad en aquellas circunstancias parecía tan grande á los visires, que ninguno de ellos quiso tomarla sobre sí. «Yo me encargo de mandar las tropas, dijo entónces Ibn-Abí-Amir, pero á condicion de que he de tener libertad de elegir las por mí mismo y de que se me ha de dar un subsidio de cien mil monedas de oro.» Esta suma pareció exorbitante á un visir y lo dijo. «¿Pues bien, exclamó entónces Ibn-Abí-Amir, tomad vos doscientas mil y poneos á la cabeza del ejército si os atreveis!» El otro no se atrevió y se resolvió confiar el mando á Ibn-Abí-Amir y darle el dinero que pedía.

Habiendo elegido para acompañarle las mejores tropas del Imperio, el visir salió á campaña hácia fines de Febrero de 977. Pasó la frontera y puso sitio delante de la fortaleza de los Baños, una de las que Ramiro II, había hecho reedificar despues de la gloriosa victoria de Simanca. (1) Ha-

---

(1) Los historiadores árabes dan á esta fortaleza el nombre de Alhama. Es la traduccion literal de Banleos como escribe Sapiro, (c. 23) hoy los Baños.

biéndose hecho dueño del arrabal, recogió un considerable botín y hácia mediados de abril volvió á Córdoba con gran número de prisioneros.

El resultado de esta campaña, bien que en el fondo poco importante, causó sin embargo gran alegría en la capital, lo que era muy natural en aquellas circunstancias. Por primera vez desde el principio de la guerra, el ejército musulmán había vuelto á tomar la ofensiva y dado una lección al enemigo, lección de que este se acordó tanto, que en adelante no se atrevió ya á venir á turbar el sueño de los Cordobeses. Esto era mucho á los ojos de estos últimos y por el pronto no pedían más, pero si acaso exageraban los triunfos obtenidos, es imposible desconocer la gran importancia de esta campaña para el mismo Ibn-Abí-Amir. Queriendo ganarse el afecto del ejército, que acaso tenía aun cierta desconfianza de este ex-cadí, transformado en general, prodigó el oro que había recibido á título de subsidio y durante toda la duración de la campaña tuvo mesa franca. Consiguió plenamente su proyecto. Oficiales y soldados se estasiaban con la afabilidad del visir, con su liberalidad y hasta

con los talentos de sus cocineros. En adelante podía contar con su adhesión; siempre que continuara recompensando con largueza sus servicios, eran suyos en cuerpo y alma. (1)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 281, 282; Maccari, t. II, p. 60, 61.

---

## VIII.

Á proporción que aumentaba el poder de Ibn-Abí-Amir, Mozhafí perdía su influencia. Era hombre de escaso mérito y de humilde cuna, pero como su padre, berberisco valenciano, había sido el preceptor de Haquem, pronto este príncipe trasladó al hijo el afecto y la estimación que había tenido para el padre. Mozhafí tenía por otra parte las prendas que Haquem mas estimaba; era literato y poeta. Su fortuna había sido maravillosa. De secretario íntimo de Haquem había llegado á ser sucesivamente coronel del segundo regimiento de la «Chorta,» gobernador de Mallorca, y pri-

mer secretario de Estado. (1) Pero no había sabido hacerse amigos. Tenía toda la vanidad de un advenedizo, y su insoportable orgullo mortificaba á los nobles, que lo menospreciaban á causa de su baja extraccion. Cuando llegó á primer ministro, parece que quiso al principio corregirse de este defecto, pero no tardó en volver á tomar su modo altanero. (2) Su probidad era más que sospechosa. Verdad es que pocos funcionarios estaban entónces al abrigo de esta censura, así es que acaso se le hubieran perdonado sus manifiestas concusiones, si hubiera consentido en partirlas con otros, pero él lo guardaba todo para sí, y esto era lo que no le perdonaban. (3) Se le acusaba además de nepotismo; casi todos los empleos importantes estaban en manos de sus hijos y de sus sobrinos. (4) De los talentos que se requieren en un hombre de Estado no poseía ninguno. En cualquier circunstancia que salía de lo ordinario, no sabía

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 141, 142; Ibn-Adhari, t. II, p. 271.

(2) Maccari, t. II, p. 60.

(3) Maccari, «ibid.»

(4) Ibn-al-Abbar, p. 142.

nunca qué decir, ni qué hacer; necesitaba de otras personas que pensarán y obraran por él, y por lo comun era á Ibn-Abí-Amir á quien se dirigía. Pero ¿se contentaría mucho tiempo con el papel de confidente y consejero que Mozafí le hacía representar? Los espíritus previsores dudaban de ello; creían que no estaba lejano el momento en que Ibn-Abí-Amir querría ser primer ministro de nombre, como lo era de hecho.

Y no se engañaban. Ibn-Abí-Amir, había resuelto ya derribar á Mozhafí y trabajaba en ello activa pero sordamente. En nada cambió su conducta con respecto á su colega; continuó tratándolo con el mismo respeto que ántes, pero secretamente lo contrariaba en todo y no perdía ocasion de llamar la atencion de Aurora sobre su incapacidad y las faltas que cometia. (1)

Mozhafí no se apercibía de nada; no era á Ibn-Abí-Amir á quien temía, lo creía por el contrario su mejor amigo, á quien temía era á Galib, gobernador de la Frontera inferior que tenia sobre las tropas una influencia ilimitada. (2) En efecto, Galib odiaba y des-

---

(1) Maccari, t. II, p. 61.

(2) Maccari, t. II, p. 61.

preciaba á Mozhafí y no hacía de ello un secreto. Justamente orgulloso con los laureles que había recogido en no sé cuantos campos de batalla, se indignaba de que un hombre salido del polvo y que no había sacado nunca la espada, fuera primer ministro. Decía á voces, que le pertenecía este puesto. En apariencia obedecía todavía á Mozhafí, pero su conducta, al ménos ambigua, mostraba suficientemente que el gobierno no podía contar con él.

Desde la muerte de Haquem, hacía la guerra á los Cristianos con una desidia que formaba extraño contraste con la conocida energía de su carácter. Él no era todavía traidor, ni se había puesto todavía en abierta rebelion, aun no había llamado á los Cristianos en su ayuda, pero su conducta daba á entender que haría todo esto ántes de poco y si lo hacía, la caída del primer ministro era inevitable. ¿Cómo hubiera este de resistir al mejor general y á los mejores soldados del imperio secundados por Leoneses y Castellanos? Por otra parte, al menor descalabro que experimentara, sus numerosos enemigos cogerían la ocasion por los cabellos, para hacerle perder su puesto, sus riquezas y su cabeza quizá.

Mozhafi era bastante perspicaz para no desconocer el peligro que le amenazaba y en su apuro pidió consejo á sus visires y sobre todo á Ibn-Abí-Amir. Le respondieron que debía procurarse la amistad de Galib á toda costa y entónces Ibn-Abí-Amir se ofreció como mediador. La campaña que se iba á abrir le ofrecería ocasion de abocarse con el gobernador de la Frontera inferior y cuando esto sucediera, él se prometía lograr la reconciliacion que Mozhafi deseaba.

Tales eran sus palabras, pero meditaba un objeto muy distinto. Esperando llegar á un brillante resultado no repugnaban á su ambicion las vías tortuosas y en vez de tratar de conciliar á ambos rivales, pensaba por el contrario en el medio de malquistarlos mas. Así lo hizo. Asegurando siempre á Mozhafi de su entera adhesion á sus intereses, alababa á Aurora el gran talento de Galib, repetía á cada instante que no podía pasarse sin los grandes servicios de este general y que era preciso atraérselo, dándole un título más elevado que el que tenía. Sus manejos produjeron fruto. Gracias á la influencia de Aurora, Galib fué promovido á la dignidad de Dzhu-'l-vizara-

tain, (jefe de la administracion militar y civil) y generalísimo de todo el ejército de la Frontera; pero Mozhafí no se había opuesto á esta medida, ántes por el contrario, había convenido en ella porque Ibn-Abí-Amir le había dicho que sería el primer paso hácia la reconciliacion.

El 23 de Mayo, un mes solo despues de su vuelta á Córdoba, Ibn-Abí-Amir, que acababa de ser nombrado generalísimo del ejército de la capital, emprendió su segunda expedicion. En Madrid tuvo una entrevista con Galib. Se mostró hácia él lleno de consideraciones y deferencias y se ganó su efecto diciéndole que consideraba á Mozhafí enteramente indigno del elevado puesto que ocupaba. Pronto se trabó una estrecha alianza entre los dos generales que convinieron en trabajar de concierto en la caida de Mozhafí. Luego habiendo pasado la Frontera, tomaron la fortaleza de Mola, (1) donde recogieron mucho botin y prisioneros. Concluida la campaña se despidieron uno de otro, pero en el momento de separarse Galib dijo á su

---

(1) Parece que este lugar no existe ya.

nuevo amigo. «Esta expedición ha tenido pleno éxito; ella os procurará gran fama y la corte ha de regocijarse tanto que no pensará en investigar vuestras intenciones ulteriores. Aprovechad esta circunstancia y no salgais de palacio sin haber sido nombrado prefecto de la capital en lugar del hijo de Mozhafi.» Habiendo prometido Ibn-Abí-Amir no olvidarse de este consejo, volvió á tomar el camino de Córdoba mientras que Galib se volvía á su gobierno.

Á decir verdad, el honor de la campaña correspondía á Galib. Él era quien todo lo había dirigido y ordenado, é Ibn-Abí-Amir, que estaba haciendo aun su aprendizaje en expediciones militares, se había guardado muy bien de contradecir en nada á este general experimentado y envejecido en el ejercicio de las armas. Pero el mismo Galib que quería elevar á su joven aliado, presentó las cosas bajo otro punto de vista. Apresuróse á escribir al Califa que Ibn-Abí-Amir había hecho maravillas, que á él solo se le debían los triunfos obtenidos y que era acreedor á una brillante recompensa. Esta carta que la corte había recibido antes de la vuel-

ta de Ibn-Abí-Amir, la había dispuesto en su favor, así que obtuvo sin gran trabajo el ser nombrado prefecto de la capital en reemplazo del hijo de Mozhafí. ¿Cómo había de rehusarse nada á un general que venía triunfante por segunda vez y del que el mayor guerrero de la época alababa la pericia y el valor? Y luego se sabía á poca costa del hijo de Mozhafí que no debía su elevacion mas que á la influencia de su padre y que léjos de justificarla con su conducta, se había mostrado completamente indigno de ella. (1) En efecto, su avidéz era tal que por poco dinero que le dieran cerraba los ojos sobre todo, aun sobre los crímenes mas abominables. Se decía con razon, que ya no había policía en Córdoba, que los ladrones de alta y baja estofa campaban por sus respetos, que era preciso velar toda la noche para no ser robado ó muerto en su misma casa, en una palabra, que los habitantes de una ciudad fronteriza estaban mas seguros que los que moraban en la residencia del Califa.

---

(1) Compárese Ibn-al-Abbar, p. 142, l. 6, con Ibn-Adhari, t. II, p. 284.

Provisto de su diploma de prefecto, y vestido con la pelliza de honor con que se le había remunerado, Ibn-Abí-Amir fué al punto al palacio de la Prefectura. Mohamed-Mozhafí estaba allí sentado con toda la pompa propia de su rango. Su sucesor le enseñó la orden del Califa y le dijo que podía retirarse. Él obedeció suspirando.

Instalado apenas en su nuevo empleo, tomó Ibn-Abí-Amir las medidas mas enérgicas para restablecer la seguridad en la capital. Dijo á los agentes de la policía, que tenía la firme intencion de castigar severamente á todos los malhechores, sin acepcion de personas, y los amenazó con las mas graves penas, si se dejaban sobornar. Intimidados por su firmeza, y sabiendo además que ejercía sobre ellos la mas esquisita vigilancia, los agentes cumplieron desde entónces con su deber. Pronto se conoció en la capital. Los robos y asesinatos eran mas raros cada dia; el orden y la seguridad renacian; las gentes honradas podian dormir tranquilas; la policía estaba allí y velaba. Por lo demás, el prefecto mostró con un notable ejemplo, que hablaba sériamente, cuando dijo que á nadie había de perdonar.

Habiendo cometido su propio hijo una fechoría, y habiendo caído en manos de la policía, le mandó dar tantos correazos, que el joven espiró poco después de sufrir el castigo.

Sin embargo, Mozhafí, había abierto al fin los ojos. La destitución de su hijo resuelta en su ausencia, y á escondidas suyas, no le permitía dudar de la duplicidad de Ibn-Abí-Amir. ¿Pero qué podía contra él? Su rival era ya mucho más potente. Se apoyaba en la Sultana, de quien se creía el amante, y en las principales familias, que ligadas á los Omeyas por el lazo de la clientela se trasmitían de padres á hijos los empleos de la corte, y que preferían ver al frente de los negocios un sugeto de buena casa como Ibn-Abí-Amir, á un advenedizo que los había mortificado con un orgullo ridículo que nada justificaba. (1) Podía contar además con el ejército, que cada día le era mas adicto, y con la población de la capital que le estaba profundamente reconocida á causa de la seguridad que le había devuelto. ¿Qué podía oponer Mozhafí á to-

---

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 290

do esto? Nada, si nó es el apoyo de algunos individuos aislados, que le debían su fortuna, pero con cuya gratitud no había mucho que contar. En esta lucha de la medianía contra el génio, las fuerzas eran demasiado desiguales. Mozhafí lo comprendió, conoció que no le quedaba mas que un medio de salvacion, y resolvió ganarse á Galib á cualquiera costa.

Escribióle, pues, haciéndole las promesas mas brillantes y seductoras, y para sellar su alianza le pidió la mano de su hija Asma para su hijo Othman. El general se dejó alucinar, y olvidando su ódio, respondió al ministro que aceptaba sus ofertas, y consentía en el matrimonio propuesto. Mozhafí se apresuró á cogerle la palabra, y ya estaba el contrato de matrimonio redactado y firmado, cuando Ibn-Abí-Amir se olió estos manejos que contrariaban todos sus proyectos. Sin perder momento hizo jugar, para desbaratar los planes de su colega, todos los resortes que podía mover. Á petición suya escribieron á Galib los personajes mas influyentes de la córte, y él tambien le escribió para decirle que Mozhafí le tendía un lazo, para recordarle todas las quejas que tenía contra el mi-

nistro, y para conjurarle que permaneciera fiel á las promesas que le había hecho durante la última campaña. En cuanto al matrimonio proyectado, le decía, que si Galib deseaba para su hija una ilustre alianza, no debía entregarla al hijo de un advenedizo, sino á él, á Ibn-Abí-Amir.

Galib se dejó persuadir de que se había equivocado. Mandó á decir á Mozhafí que el matrimonio de que se había hablado no podía verificarse, y en el mes de Agosto ó Setiembre se redactó y firmó un nuevo contrato, en virtud del cual Asma debía ser esposa de Ibn-Abí-Amir.

Poco despues, el 18 de Setiembre salió este último de nuevo á campaña. Tomó el camino de Toledo, y habiendo reunido sus fuerzas á las de su futuro suegro, quitó á los Cristianos dos castillos, así como tambien los arrabales de Salamanca. Á su vuelta, recibió el título de Dhu-'l-vizaratain con un sueldo de ochenta monedas de oro mensuales. El mismo hadjib no tenía mas.

Entretanto se aproximaba el tiempo fijado para el matrimonio, y el Califa, ó mas bien su madre, la que si realmente era querida de Ibn-Abí-Amir, no era celosa por lo menos, invitó á Galib á venir á Córdoba

con su hija. Cuando llegó fué colmado de honores; se le dió el título de hadjib, y como ya era Dhu-'l-vizaratain y Mozhafí no lo era, fué desde entónces el primer dignatario del imperio, y por tanto, ocupaba el primer lugar en las sesiones solemnes, teniendo entónces á Mozhafí á la derecha y á Ibn-Abí-Amir á la izquierda. (1)

El matrimonio de este último con Asma, fué celebrado el primer día del año, fiesta cristiana, pero en la que tambien los Musulmanes tomaban parte. Habiéndose encargado el Califa de todos los gastos, los festines fueron de incomparable magnificencia, y los Cordobeses no se acordaban de haber visto jamás una comitiva tan soberbia como la que rodeaba á Asma cuando salió del palacio del Califa para ir al de su prometido.

Añadamos que aunque este matrimonio se hizo por interés, fué sin embargo dichoso. Asma juntaba un espíritu muy cultivado á una belleza atractiva, y supo cautivar el corazón de su esposo, que le dió

---

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 142.

siempre la preferencia sobre sus demás mujeres.

En cuanto á Mozhafí, desde que Galib rechazó su alianza, se consideró perdido. Sus hechuras le abandonaban para incensar á su rival. Antes, cuando iba á palacio, se disputaban el honor de acompañarle; ahora iba solo. Su poder era nulo. Las medidas mas importantes se tomaban sin su conocimiento. El infortunado viejo veía aproximarse la tormenta, y la esperaba con melancólica resignacion. La horrible catástrofe llegó ántes aun de lo que creyera. El lunes 26 de Marzo de 978 (1) él, sus hijos y sus sobrinos quedaron destituidos de todas sus funciones y dignidades, y se dió la orden de prenderlos y secuestrar sus bienes hasta que se les reconocieran inocentes del crimen de malversacion de que se le acusaba. (2)

Aunque semejante suceso no pudiera sorprenderlo, conmovió profundamente á Mozhafí. Su conciencia no estaba tranquila.

---

(1) Da esta fecha no solo Ibn-Adhari, sino tambien Nowairi, (p. 470.)

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 282-285; Maccari, t. II, p. 61-62.

Alguna injusticia que había cometido durante su larga carrera, se presentaba á su conciencia y la remordía. Cuando se despidió de su familia, la dijo: «No volveréis á verme vivo; la terrible oracion ha sido escuchada; hace cuarenta años que espero esto.» Preguntado por el sentido de estas palabras enigmáticas, dijo: «Cuando todavía reinaba Abderramen, fui encargado de informar contra un acusado, y de juzgarlo. Yo lo encontré inocente, pero tenía mis razones para decir que no lo era, de modo que tuvo que sufrir una pena infamante; perdió sus bienes y estuvo en la cárcel mucho tiempo. Una noche que dormía, oí una voz que me gritaba: ¡Devuelve la libertad á ese hombre! Su oracion ha sido escuchada, y llegará un día en que la suerte que le ha herido te hiera á tí tambien.» En efecto, me levanté sobresaltado y lleno de terror. Mandé llamar á aquel hombre, y le rogué que me perdonara. No quiso. Entónces le supliqué que al menos me digera si había dirigido á Dios una plegaria que me concernía.—Sí, me respondió; hé pedido á Dios que te haga morir en un calabozo tan estrecho como aquel en que tú me has hecho gemir por tanto tiempo.

—Entonces me arrepentí de mi injusticia y devolví la libertad al que había sido víctima de ella. Pero el arrepentimiento venía demasiado tarde!» (1)

Los acusados fueron llevados á Zara donde estaba la prision de Estado. El general Hixem-Mozhafí, sobrino del ministro, que había ofendido á Ibn-Abí-Amir, atribuyéndose la gloria de los triunfos obtenidos en la última campaña, fué la primera víctima del resentimiento de este hombre poderoso. Apenas hubo llegado á la prision, cuando lo ejecutaron.

El consejo de Estado fué el encargado de instruir la causa de Mozhafí. Duró mucho tiempo. No faltaban pruebas para declarar que durante su ministerio Mozafí se había hecho reo de malversacion, y por consiguiente, sus bienes fueron en parte confiscados, y su magnífico palacio, del barrio de la Ruzafa, vendido en subasta pública. Pero nuevas acusaciones surgian sin cesar contra él, y los visires que querian complacer á Ibn-Abí-Amir, se apresuraban á acogerlas. Condenado así, en diferentes ocasiones,

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 298; Maccari, t. I, página 395.

y por diversos delitos Mozhafí fué despoja-  
poco á poco de todo lo que poseía y sin  
embargo, los visires que creían que le que-  
daba todavía algo que pudieran arreba-  
tarle, continuaban vejándolo y ultraján-  
dolo. (1) La última vez que fué citado  
á comparecer delante de sus jueces, esta-  
ba tan debilitado por la edad, la cautivi-  
dad y la pena, que le costaba trabajo ha-  
cer el largo trayecto desde Zahra al pa-  
lacio del visirato y sin embargo, su im-  
placable guardian no cesaba de repetirle  
con tono áspero, que era preciso andar más  
de prisa y no hacer esperar al Consejo.  
«Poco á poco, hijo mío, le dijo entónces  
el anciano; deseas que muera y conseguiré  
rás tu deseo. ¡Ayl si yo pudiera comprar  
la muerte, pero Dios le ha puesto un precio  
tan grande!» Luego improvisó estos versos:

No te fies jamás de la fortuna porque  
es mudable ¡Antes, hasta los leones me  
temían, ahora tiemblo á la vista de un  
zorro ¡Ayl que vergüenza para un hom-  
bre de corazon, verse obligado á implo-  
rar la clemencia de un malvado!»

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 285; Maccari, t. II, pá-  
gina 62.

Cuando llegó á presencia de sus jueces, se sentó en un rincon de la sala sin saludar á nadie, y, viendo esto, el visir Ibn-Djabir, un adulator de Ibn-Abí-Amir, le gritó: «¿Has tenido tan mala educacion, que ignoras hasta las leyes más elementales de la urbanidad?» Mozhafí guardó silencio; pero como Ibn-Djabir continuara dirigiéndole injurias, le dijo al fin. «Tú, si que faltas á consideraciones que me debes; pagas mis beneficios con ingratitude y todavía te atreves á decirme que faltas á las leyes de la urbanidad.» Un poco desconcertado con estas palabras, pero recobrando al punto su audacia, le contestó Ibn-Djabir: «¡Mientes! Yo deberte beneficios? Muy por el contrario,» y se puso á enumerar las quejas que tenía contra él. Cuando hubo concluido: «No es por eso por lo que te exijo reconocimiento, le replicó Mozhafí, pero no es menos cierto que cuando te apropiastes las sumas que te habían confiado y que el difunto Califa (Dios tenga su alma) quería hacerte cortar la mano derecha, yo pedí y obtuvo tu perdon.» Ibn-Djabir negó el hecho y juró que era una calumnia infame. «Yo conjuro á todos los que saben algo de esto, exclamó entónces

el anciano indignado, que declaren si yo he dicho la verdad ó no.—Sí; hay algo de verdad en lo que decís, le replicó el visir Ibn-Iyach; sin embargo, en las circunstancias en que os encontrais, hubiérais hecho mejor en no referir esa antigua historia.—Acaso tengais razon, le respondió Mozhafí, pero ese hombre me ha hecho perder la paciencia y he tenido que decir lo que sentía mi corazón»

Otro visir Ibn-Djahwar, había escuchado esta discusión con creciente repugnancia. Aunque no quisiera á Mozhafí y hubiera contribuido á su caída, sabía sin embargo, que se deben consideraciones hasta á los enemigos y sobre todo, á los enemigos vencidos. Tomando entónces la palabra, dijo á Ibn-Djabir con un tono de autoridad que justificaban largos servicios y un apellido tan antiguo y casi tan ilustre como el de la misma dinastía. «¿No sabeis Ibn-Djabir, que el que ha tenido la desdicha de incurrir en la desgracia del monarca, no debe saludar á los grandes dignatarios del Estado? La razon es evidente; si esos dignatarios le devuelven su saludo, faltan á sus deberes para con el Sultán; si nó se los devuelven faltan á sus deberes para con

Dios. Un hombre que ha caído en desgracia, no debe pues saludar y Mozhafí lo sabe.»

Completamente avergonzado con la lección que acababa de recibir, Ibn-Djabir guardó silencio, mientras que un fugitivo rayo de alegría, brilló en los ojos casi apagados del desdichado viejo.

Procedióse en seguida al interrogatorio. Como se producían contra Mozhafí nuevos cargos á fin de sacarle dinero una vez más: «Juro por lo más sagrado, exclamó, que ya no tengo nada! Aunque me hagan pedazos no podría daros un solo dirhem!» Lo creyeron y dieron la orden de volverlo á la cárcel. (1)

Á partir de esta época, estuvo unas veces libre, otras preso, pero siempre miserable. Ibn-Abí-Amir, parecía tener un bárbaro placer en atormentarlo y difícilmente se explica el odio implacable que profesaba á esta medianía que no se hallaba en estado de perjudicarlo. Todo lo que puede conjeturarse sobre esto es, que no podía perdonarle el crimen inútil que le había obligado á cometer, cuando le

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 285; Maccari, t. II, página 62.

obligó á matar á Moghira. Sea de esto lo que quiera, él lo llevaba tras sí donde quiera que iba, sin suministrarle siquiera con qué proveer á sus necesidades. Un secretario del ministro cuenta que durante una campaña, vió una noche á Mozhafí al lado de la tienda de su señor, mientras que su hijo Othman le daba de beber, faltar de otra cosa mejor, una mala mezcla de agua y harina. (1) La pena y la desesperacion lo consumían y lo gastaban y exhalaba su dolor en poemas tan armoniosos como conmovedores. Mas aunque hubiera dicho un dia á su guarda que deseaba la muerte, se asia á la vida con estraña tenacidad; y lo mismo que le faltaron perspicacia y energía cuando estaba en el poder careció tambien de dignidad en la desgracia. Para ablandar al «zorro» descendía á las peticiones mas humillantes. Una vez le suplicó que le confirmara la educacion de sus hijos. Ibn-Abí-Amir que no concebía que se pudiera perder hasta este punto la propia dignidad, no vió mas que una astúcia en esta súplica. «Quiere quitarme la reputa-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 289.

cion y hacerme pasar por un badulaque, dijo. Muchos me han visto en otro tiempo á la puerta de su palacio y para recordárselo quiere que se le vea ahora en el pátio del mio. (1)

Durante cinco años, Mozhafí arrastró de este modo su triste y penosa existencia y como parecía obstinarse en no morirse á despecho de su mucha edad y de los numerosos disgustos, de que lo hartaban, le quitaron al fin la vida ya sea estrangulándolo, ya emponzoñándolo que en esto no están de acuerdo los autores árabes. (2) Cuando supo que su antiguo rival había dejado de vivir, encargó Ibn-Abi-Amir dos de sus empleados para que cuidaran de su inhumacion. Uno de ellos, el secretario Mohamed ibn-Ismael, refiere así la escena de que había sido testigo: «Encontré que el cadáver no presentaba señal alguna de violencia. Estaba cubierto solamente con una capa vieja que pertenecía á un llavero. Un fregon, que mi colega Mohamed ibn-Maslama había hecho venir, lavó

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 286; Maccari, tom, I, p. 396.

(2) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 286; Ibn-al-Abbar, p. 142; Nowairi, p. 470.

el cuerpo (no exagero nada) sobre la hoja de una puerta vieja que había sido arrancada de sus goznes. En seguida llevamos la camilla á la tumba acompañados solamente del iman de la mezquita, á quien habíamos encargado de recitar las oraciones de los muertos. Ninguno de los que pasaban se atrevió á fijar los ojos en el cadáver. Fué para mi una elocuente leccion. Me figuraba que, en la época en que Mozhafí era todavía omnipotente, tenía que entregarle una exposicion destinada á él solo. Me había colocado á su paso, pero su séquito era tan numeroso y las calles además estaban tan llenas de gente que deseaba verlo y saludarlo, que me fué imposible aproximarme á él por mas esfuerzos que hice y me ví obligado á confiar mi memorial á uno de los secretarios que cabalgaban al lado de la escolta y que eran los encargados de recibir este género de escritos. Yo comparaba esta escena á aquella de que acababa de ser testigo, reflexionando en la inconstancia de la fortuna sentía algo que me oprimía y que me impedía respirar.» (1)

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 288, 289.

---

## IX.

En el mismo día en que Mozhafí había sido destituido y arrestado, Ibn-Abí-Amir fué promovido á la dignidad de hadjib. (1) En adelante, partía pues, con su suegro la autoridad soberana, y su poder era tan grande que debía parecer temerario resistirle. Sin embargo, se atrevieron. El partido que quiso dar la corona á otro que al jóven hijo de 'Haquem II, y cuya alma era el eunuco Djaudhar, existía aun; demasiado lo atestiguan los versos satíricos que se cantaban por las calles de Córdoba, á despecho de la policía. Ibn-Abí-Amir no to-

---

(1) Nowairi, p. 470.

leraba la menor alusion á las relaciones, acaso demasiado estrechas que habian entre él y la Sultana, y llegó á condenar á muerte á una cantadora á quien su dueño que quería venderla al ministro, había enseñado un canto de Amor acerca de Aurora; (1) y sin embargo, se cantaban por las calles versos tales como estos:

· Este es el fin del mundo, porque pasan las peores cosas. El Califa está en la escuela, y su madre preñada de sus dos amantes... (2)

Mientras que se limitaron á hacer coplas á la corte, no era muy grande el peligro, pero Djaudhar se atrevió á más. De concierto con el Presidente del tribunal de alzada, Abdelmelic ibn-Mondhir, urdió una conspiracion, cuyo objeto era asesinar el

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor», fól. 32 r.

(2) Hay dos redacciones de este último emistiquio. La que dá Ibn-Adhari, (t. II p. 300) me parece preferible á otra que se encuentra en Mac-cari, (t. I, p. 396.) Para la opinion pública Ibn-Abí-Amir compartía los favores de la sultana con el cadí Ibn-as-Salim.

jóven Califa, y colocar en el trono á otro nieto de Abderramen III, es á saber, Abderramen Ibn-Obaidallah. Una multitud de cadíes, de faquíes y de literatos, entre los que se hacía notar el ingenioso poeta Ramadí, estaban complicados en esta conspiracion. Ramadí tenía á Ibn-Abí-Amir un ódio mortal. Había sido amigo de Mozhafí, y era del escaso número de los que le permanecieron fieles, cuando la fortuna le había vuelto las espaldas. Ardía ahora en deseos de vengarlo, y había compuesto contra Ibn-Abí-Amir sátiras virulentas. (1)

Los conjurados estaban tanto más seguros del éxito de su empresa, cuanto que el visir Ziyad ibn-Aflah, que era entonces prefecto de la capital, estaba en el ajo. Así, que ellos habian convenido con él el dia y la hora en que habian de ejecutar su designio. Dejaudhar, que no estaba ya en la córte, pero que, gracias al empleo que había tenido, podía acercarse todavía fácilmente al soberano, se había encargado de asesinarlo, inmediatamente despues de lo

---

(1) Compárese Abd-el-Wahid, p. 17, con los versos de Ramadí cuya traduccion daré en la nota siguiente.

cual, sus cómplices proclamarían á Abder-ramen IV.

En el día prefijado, cuando el prefecto hubo salido del palacio del Califa para volver á su casa, que estaba situada á la estremidad de la ciudad, llevándose consigo todos sus agentes, Djauhar pidió y obtuvo una audiencia.

Puesto en presencia del Califa, trató de darle de puñaladas, pero un tal Ibn-Aruz, que se encontraba en el salon se echó sobre él ántes que hubiera podido realizar su proyecto.

Empeñóse una lucha en la que se desgarraron los vestidos de Djaudhar, pero habiendo llamado Ibn-Aruz en su auxilio á la guardia, esta arrestó al eunuco. Poco despues Ziyad-ibn-Aflah que había oido decir que el complot había fracasado, se presentó en palacio á toda prisa. Ibn-Aruz le censuró su negligencia, dándole claramente á entender que lo creia cómplice del crimen que Djaudhar había intentado, pero el prefecto se escusó lo mejor que pudo, protestó de su lealtad al monarca, y queriendo desmentir con su celo las sospechas que pesaban sobre él, hizo prender inmediatamente á los sospechosos, mandando

conducirlos con Djaudhar á la prision de Zahra. (1)

Instruyóse en seguida el proceso á los conspiradores, y la sentencia no se hizo esperar. El presidente del tribunal de alzada fué declarado culpable del crimen de alta traicion, pero sus jueces no indicaron de una manera precisa la pena que debía sufrir, declarándolo solamente incurso en los términos de este versículo del Coran: «Hé aquí cuál será la recompensa de los que combatan á Dios y á su profeta, y de los que emplean todas sus fuerzas en producir desórdenes sobre la tierra: los condenaréis á muerte ó les haréis sufrir el suplicio de la cruz: les cortaréis las manos y los piés alternados; serán arrojados del pais.» Como se vé, en este versículo la enunciacion de las penas es muy vaga, así que el tribunal dejó al Califa la eleccion de la que debia aplicarse. En aquellas circunstancias, debía, pues decidir el consejo de

---

(1) «Segurísimo de que eran ya los amos dice Ramadí en una de sus elegias, («apud» Mac-cari, t. II, p. 442) nos hicieron marchar á Zahra como reos de alta traicion. Yo iba en medio de una multitud de literatos y Djaudhar llevaba los vestidos de gala desgarrados.»

Estado, y en esta asamblea, á que pertenecía Ziyad-ibn-Aflah que se esforzaba por reconquistar el favor de Ibn-Abí-Amir, fué el primero que opinó porque se aplicára la pena más grave. Prevalció su opinion, y Abdelmelic-ibn-Mondhir fué crucificado. El pretendiente Abderramen fué tambien condenado á muerte. (1) En cuanto á Djudar, ignoramos lo que se decidió respecto á él, pero todo inclina á creer que fué tambien crucificado. La suerte de Ramadí, aunque tampoco envidiable, fué sin embargo, ménos dura. Ibn-Abí-Amir, que quería desterrarlo, se dejó ablandar por las súplicas de los amigos del poeta, pero permitiéndole permanecer en Córdoba, puso á esta gracia una restriccion cruel; hizo proclamar por los heraldos que sería severamente castigado el que le dirigiera la palabra. Condenado así á un mutismo perpétuo, el pobre poeta erraba «en adelante como un muerto,» (tal es la espresion de un autor arábigo) enmedio de la multitud que llenaba las calles de la capital. (2)

---

(1) Ibn-al-Abbar, pág. 154, 155; Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 38 v.; cf. Maccari, t. I, p. 286, l. 8.

(2) Abd-el-wahid, p. 17. Parece sin embargo,

Esta conspiración había demostrado al ministro que sus más encarnizados enemigos se encontraban precisamente entre los que habían estudiado á su lado. Bellas letras, Teología y Derecho. ¿Era envidia? En parte sí; Ibn-Abí-Amir su igual y su condiscípulo en otro tiempo, se había elevado demasiado para que los faqués y los hombres de ley no le tuvieran envidia. Pero no era este el único ni el principal motivo de la aversión que les inspiraba: lo odiaban sobre todo á causa de las opiniones religiosas que le atribuían. Si se exceptúan algunos atrevidos pensadores y algunos poetas descreídos, los hombres educados en la escuela de los profesores de Córdoba, eran muy adictos al Islamismo. Mas Ibn-Abí-Amir, pasaba con razón ó sin ella por musulman muy tibio. No se le podía censurar el que pregonára ideas liberales en materia de fé, pero se decía que era aficionado á la Filosofía y que en secreto cultiva-

---

que mas adelante Ramadí fué completamente perdonado, pues que se le nombra entre los poetas asalariados que acompañaban á Ibn-Abí-Amir en su expedición contra Barcelona en el año 986. Véase Ibn-al-Khatib, man. G. fól. 181 r.

ba mucho esta ciencia. Esto era en este tiempo una acusacion terrible. Ibn-Abí-Amir lo conocía. Filósofo ó nó, era ante todo hombre de Estado, y queriendo quitar á sus enemigos el arma terrible de que se servian contra él, resolvió mostrar por un acto notorio de ortodoxia, que era buen musulman. Habiendo mandado venir á los ulemas mas considerados, tales como Acilli, Ibn-Dhacwan y Zobaidi, los llevó á la gran biblioteca de Haquem II, donde les dijo, que teniendo el propósito de acabar con los libros que trataban de Filosofía, de Astronomía y demás ciencias prohibidas por la religion, les suplicaba que ellos mismos hicieran el apartado. Pusieron enseguida manos á la obra, y cuando concluyeron la operacion, el ministro mandó arrojar los libros condenados á una gran hoguera, y á fin de demostrar su celo por la fé, quemó algunos con sus propias manos. (1)

Esto era seguramente un acto de bandalismo. Ibn-Abí-Amir, era demasiado ilustrado para no juzgarlo así tambien; pero no

---

(1) Zaid de Toledo, «Tabacat-al-omam,» fól. 246 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 315; Maccari. t. I. p. 136.

por eso produjo menos buen efecto entre los ulemas y el pueblo bajo, tanto más, cuanto que el ministro se mostró desde entón- ces el enemigo de los filósofos, (1) la columna de la religion. Rodeaba á los ulemas de consideraciones y de homenajes, los colma- ba de favores (2) y escuchaba sus piado- sas exhortaciones, por largas que fueran á veces, con una atencion y una paciencia de todo punto edificantes. (3) Hizo más: se puso á copiar el Coran con sus propias manos, y desde entón- ces, cuando se ponía en camino, llevaba siempre consigo esta co- pia. (4).

Habiéndose formado así una reputacion de ortodoxia, que pronto nadie se atrevió á disputarle, tan bien establecida estaba, dirigió su atencion al Califa, que á medida que avanzaba en años, se hacía mas te- mible para él.

Segun el testimonio de su preceptor, Zo- baidi, Hixem II anunciaba en su infancia las

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 315, l. 1-3.

(2) Véase por ejemplo Ibn-al-Abbar, p. 151, 152.

(3) Maccari, t. I. p. 266.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 309, 310; Maccari t. I, p. 266.

mas felices disposiciones; aprendía con asombrosa facilidad todo lo que se le enseñaba, y tenía un juicio mas sólido que la mayor parte de los niños de su tiempo. (1) Pero cuando, muy jóven aun, hubo subido al trono, su madre é Ibn-Abí-Amir se dedicaron á deprimir sistemáticamente sus facultades. No nos atreveríamos á afirmar que ellos le hicieran gustar prematuramente los goces del harem, pues si bien la circunstancia de que Hixem no tuvo nunca hijos, dá cierto grado de verosimilitud á esta sospecha, no se apoya, sin embargo en ningun testimonio; pero lo que sí es cierto, es que se esforzaron en oscurecer su inteligencia, sobrecargándolo con ejercicios de devocion, y que trataron de persuadirle de que si reinaba por sí mismo, los negocios le distraerían de la contemplacion de las cosas divinas, y le impedirian trabajar en su salvacion eterna. Hasta cierto punto habian conseguido su designio: Hixem hacía buenas obras, leía asiduamente el Coran, oraba y ayunaba; (2) sin embargo, su inteligencia

---

(1) Maccari, t. II, p. 51.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 270.

no estaba suficientemente sofrenada para que Ibn-Abí-Amir, estuviera completamente tranquilo acerca de él, y lo que más temía era que más ó menos pronto, otras personas se apoderaran del ánimo del joven monarca, y le abrieran los ojos sobre su verdadera situación. Mientras que los negocios de Estado se trataran en el palacio del Califa, semejante peligro era de temer; en las idas y venidas de tantos generales y empleados, una simple casualidad podía poner al Califa en relacion con alguno de ellos y por poco ambicioso y diestro que fuera podía hacer caer al ministro en un cerrar de ojos. Era preciso prevenir este peligro, y para esto, Ibn-Abí-Amir, resolvió que los negocios de Estado se trataran en otra parte, á cuyo fin hizo edificar al E. de Córdoba (1) y á orillas del Guadalquivir una nueva ciudad con un soberbio palacio para sí y otros para los altos dignatarios. En dos años quedó concluida la ciudad que recibió el nombre de Zahira, y entónces el ministro hizo trasladar allí las oficinas del gobierno. No tardó Zahira en albergar una nu-

---

(1) Véase Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor» fól. 101, r.

merosísima poblacion. Las altas clases sociales dejaron á Córdoba y á Zahra para acercarse á la fuente de donde manaban todos favores; afluyeron tambien los comerciantes, y á poco fué tal la estension de Zahira, que sus arrabales tocaban á los de Córdoba.

Desde entónces fué fácil vigilar al Califa, y escluirle de toda participacion en los negocios; sin embargo, el ministro no desdeñó nada para que su aislamiento fuera lo más completo posible. No contento con rodearlo de guardias y de espías, hizo cercar el palacio califal con un muro y un foso, y hacía castigar de la manera mas severa á cualquiera que osaba aproximarse. Hixem estaba realmente prisionero: no se le permitía salir de palacio, no podía pronunciar una palabra ni hacer un movimiento sin que el ministro no lo supiera inmediatamente, y no sabía de los negocios de Estado mas que lo que este quería decirle. Mientras que tuvo todavía algunos miramientos que guardar, Ibn-Abí-Amir pretendía que el jóven monarca le había abandonado la direccion de los negocios, á fin de poder entregarse enteramente á sus ejercicios espirituales; pero cuando ya se creyó segu-

ro, no volvió á cuidarse más de él, y hasta prohibió pronunciar su nombre. (1)

Á todas estas medidas, quiso Ibn-Abí-Aimr unir otra no menos importante: reorganizar el ejército.

Dos motivos le impulsaban á ello, uno patriótico, y otro enteramente personal: quería hacer de España una de las primeras potencias de Europa, y desembarazarse de su cólega Galib. El ejército, tal como estaba constituido, es decir, compuesto en su mayoría de árabes españoles, no parecía adecuado para ninguno de los dos proyectos.

La organizacion militar (2) era sin duda defectuosa. Dejaba demasiado poder á los jefes de los «djond,» y ponía pocos soldados á disposicion del soberano. Verdad es que este podía servirse, no solo de las tropas sacadas de los «djond,» sino tambien de las de las fronteras, que parecen haber sido las mejores; sin embargo, la costumbre hacía que estas no fueran llamadas á las armas, sino en caso de necesidad, y no formaban parte del ejército permanente. (3) En cuan-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 296-298.

(2) Compárese con mis «Recherches,» t. I. pág. 87-89.

(3) Véase Ibn-Haucal, p. 40.

to á este último, era poco numeroso. No contaba mas que cinco mil caballos, aunque la caballería fuera entonces el arma mas importante, y la de que dependía la suerte de las batallas. Además estas tropas dejaban bastante que desear. El viajero Ibn-Haucal atestigua, por lo menos, que los ginetes andaluces tenian muy poca gracia, pues que no atreviéndose, ó no pudiendo usar estribos, dejaban caer y flotar las piernas, y añade, que en general, el ejército español debía la mayor parte de sus triunfos, nó á la bravura, sino á la astúcia. Verdad es que el testimonio de este viajero es algo sospechoso. Como deseaba que su soberano el Califa fatimita emprendiera la conquista de la península, acaso denigró demasiado á las tropas del pais; sin embargo, algo de verdad hay en sus aserciosos, y es incontestable que los Árabes enmuellecidos por el lujo y por la dulzura del clima, habian ido perdiendo poco á poco su espíritu marcial. Ibn-Abí-Amir no podía esperar, pues, hacer con semejante ejército brillantes conquistas. Además no tenía confianza en él, para en caso que tuviera que hacerle combatir contra Galib, y preveia, sin embargo, que la lucha

con su cólega era inevitable. Verdad es que este le había servido de mucho para hacer caer á Mozhafí, pero ya no podía servirle de nada, y lo que es peor, le incomodaba. Galib no aprobaba siempre las medidas que él juzgaba convenientes, y lo contrariaba sobre todo respecto á la reclusion del Califa. Cliente de Abderramen III, y realista ardiente, se afligía y se indignaba viendo al nieto de su patrono guardado y encerrado como un cautivo, ó como un criminal. Ibn-Abí-Amir, poco amigo de contradicciones, estaba muy decidido á desembarazarse de su suegro, ¿pero cómo? Galib no era hombre como Mozhafí, que se pudiera echar abajo por una intrigar cortesana: era un general ilustre, que si llegaba á manifestar que quería sustraer al soberano de la tiranía de su ministro, tendría de su parte casi todo el ejército, cuyo ídolo era. Ibn-Abí-Amir no se hacía ilusiones en este punto; conocía que para alcanzar su objeto, necesitaba de otras tropas, de tropas que le fueran exclusivamente adictas. En otros términos, tenía necesidad de soldados extranjeros: la Mauritania y la España cristiana se los suministraron.

Hasta entónces se había ocupado poco de la Mauritania. Por la estancia que había hecho allí en calidad de Cadí supremo, se había convencido de que la posesion de aquellas tierras lejanas, y pobres era para España, mas gravosa que útil, y conformándose en esto á la política de Mozhafí, se había limitado á mantener completa la guarnicion de Céuta. Respecto á lo demás del pais, había confiado su administracion á los príncipes indígenas, cuidando sin embargo de mantenerlos adictos con liberalidades de toda especie. (1) Bajo el punto de vista español, esta política era sin duda buena y sensata, pero para la Mauritania tuvo funestas consecuencias. Viendo el pais abandonado á sus propias fuerzas, Bologguin, virey de Ifrikia, lo invadió en 779. (2) Consiguio triunfo sobre triunfo, y arrojando ante sí á los príncipes que reconocian por señor al Califa omeya, los obligó á refugiarse tras de las murallas de Céuta. Pero los triunfos de Bologguin, léjos de ser obstá-

---

(1) Ibn-Khaldun «Historia de los berberiscos,» t. II, p. 556, t. III, p. 237.

(2) Véase la fecha precisa (en Ibn-Adhari, t. I, p. 240, l. 3 y 4.

culo á los designios de Ibn-Abí-Amir los favorecian por el contrario. Los berberiscos amontonados en Céuta se encontraban en gran estrechéz, y como el vencedor les había quitado casi todo lo que poseian, no sabian de qué vivir. Esta era para el ministro español una ocasion excelente de proporcionarse de una vez gran número de excelentes ginetes, así, que no la dejó escapar. Escribió á los berberiscos, diciéndoles que si querian servir en España, podian estar seguros de no carecer de nada, y de recibir un elevado sueldo. Ellos respondieron en masa á su llamamiento. Un príncipe del Zab, Djfar (1) á quien sus aventuras hacía tiempo que habian hecho famoso, se dejó ganar tambien por las brillantes promesas del ministro, y vino á España con un cuerpo de seiscientos caballos. Los berberiscos no tuvieron por qué arrepentirse de su resolucion. Nada pudo igualar la generosidad de Ibn-Abí-Amir respecto á ellos. «Cuando llegaron á España estos africanos, dice un historiador arábigo, sus vestidos

---

(1) véanse acerca de él y de su familia Ibn-Khaldun, t. II, p. 553 y sig. de la traduccion é Ibn-Adhari, t. II, p. 258 y sig.

estaban llenos de andrajos, y ninguno de ellos tenían mas que un mal jamelgo; pero poco despues se los vió caracolear por las calles, vestidos con las mas ricas telas y montados en los mas hermosos caballos, mientras que habitaban palacios que no habian imaginado ni aun en sueños.» (1) Eran muy ávidos, pero, si ellos no dejaban de pedir, Ibn-Abí-Amir no les dejaba de dar, y era muy sensible al reconocimiento que le manifestaban. Los protegía con todos y contra todos, y no permitía que se les ofendiera, ni aun que se burlasen de la jerga que hablaban, cuando querian espresarse en árabe, porque de ordinario hablaban su lengua materna, de la que los árabes no entendian una palabra. (2) Un dia que pasaba revista á sus soldados, se le aproximó un oficial berberisco, llamado Wanzemar, y estropeando el árabe de una manera horrible, le dijo: «Señor, os suplico que me deis una habitacion, porque tengo que acostarme al raso.—¿Pues qué, Wanzemar, le respondió el ministro, nó tienes ya la casa

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 293, 299, 316.

(2) Véase Maccari, t. I, p. 273, l. 1.

grande que te dí?—Señor, vos me habeis echado por las bondades de que me colmásteis. Me habeis dado tantas tierras que todas la habitaciones están llenas de grano y no queda sitio para mí. Acaso me direis que si me estorba el grano, no tengo más que tirarlo por la ventana; pero, señor, dignaos recordar que yo soy un berberisco, es decir, un hombre que ántes de ahora, se ha visto obligado á sufrir la miseria, y que ha estado á veces á punto de morir de hambre, y yá conoceis que un hombre semejante lo piense dos veces ántes de tirar el grano por la ventana.—No digo que tú seas un elocuente orador, replicó el ministro sonriendo, y sin embargo, tu estilo me parece mas disertó y más conmovedor que los discursos mejor hechos de mis sábios académicos.» Y luego, dirigiéndose á los andaluces que lo rodeaban y que se ahogaban de risa en tanto que hablaba el berberisco: «Hé aquí, les dijo, el verdadero modo de mostrar y obtener nuevos favores. Este hombre de que os reís, vale mas que vosotros, decidores, no olvida los beneficios que ha recibido y no pretende que se le ha dado poco como vosotros lo haceis todos los días.» Y mandó

dar enseguida á Wanzamar un soberbio palacio. (1)

La España cristiana le suministró también excelentes soldados. Pobres, ávidos y malos patriotas los Leoneses, los Castellanos y los Navarros se dejaron fácilmente seducir por la buena paga que el árabe le ofrecía y cuando servían una vez bajo sus banderas, su bondad su generosidad y el espíritu de justicia que presidía á sus decisiones, se lo hacian tanto más querido, cuanto que en su patria no estaban acostumbrados á tanta equidad. Ibn-Abí-Amir tenía para ellos infinitas consideraciones. En su ejército, el domingo era día de descanso para todos sus soldados, cualquiera que fuese su religion, y si se suscitaba alguna disputa entre un cristiano y un musulman, siempre favorecía al cristiano. (2) No debe pues admirarnos que los cristianos le fueran tan adictos como los berberes. Unos y otros creían por decirlo así su propiedad. Habían renegado y olvidado á su patria y la Andalucía no había llegado á ser para ellos

---

(1) Maccari, t. I, p. 272.

(2) Mon. I. Sil. 70; Maccari, t. p. 272, c. 17.

una patria nueva; apenas entendían el idioma. Su patria era el campamento y aunque pagados por el erario público no estaban al servicio del Estado, sino al de Ibn-Abí-Amir. Á él era á quien debían su fortuna; de él dependían y de él se dejaban emplear contra cualquiera.

Al mismo tiempo que daba así á los extranjeros preponderancia en el ejército, cambiaba el hábil ministro la organizacion de las tropas españolas, que en otro tiempo constituía su fuerza frente al gobierno. Desde tiempo inmemorial las tribus con sus divisiones y subdivisiones formaban los regimientos, las compañías y las escuadras. Ibn-Abí-Amir abolió esta costumbre é incorporó á los Árabes en los diferentes regimientos sin consideracion á la tribu á que pertenecían. (1) Un siglo ántes cuando los Árabes estaban todavía animados del espíritu de corporacion, semejante medida que implicaba un cambio radical en la ley de alistamiento y que quitaba á la nobleza los últimos restos de su poder, hubiera provocado sin duda violentas murmura-

---

(1) Maccari, t. I, p. 186.

ciones y acaso hubiera sido motivo de un levantamiento general; ahora se ejecutó sin obstáculo; tanto habían cambiado los tiempos. La antigua división en tribus no quedaba ya mas que como recuerdo. Muchos árabes ignoraban la tribu á que pertenecían y reinaba en este punto una confusión que desesperaba á los genealogistas. Verdad es, que Haquem II, que amaba y que admiraba lo pasado, que conocía tan bien, había intentado hacer renacer esta reminiscencia de otra edad; hizo examinar por sábios las genealogías y quiso que cada árabe volviera á colocarse en su tribu, (1) pero sus esfuerzos, contrarios á la sana política, se había estrellado contra el espíritu del siglo que tendía en todas partes y salvo raras escepciones, á la unidad y á la fusión de razas. Dando el último golpe á la antigua división en tribus, Ibn-Abí-Amir, no hizo mas que acabar el trabajo de asimilación que Abderramen III, había emprendido y que el sentimiento nacional aprobaba.

Mientras que así se preparaba á la guer-

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 103.

ra, Ibn-Abí-Amir parecía vivir en buena inteligencia con su suegro. Pero este tenía sobrada penetración para equivocarse sobre el objeto de los grandes cambios que hacía su yerno en el ejército y estaba decidido á romper con él. Un día que se encontraban juntos en lo alto de la torre de un castillo fronterizo comenzó á abrumarlo de recriminaciones. Ibn-Abí-Amir le respondió con no menos vivacidad y su altercado tomó tal carácter de violencia que Galib furioso le gritó: «Perro! Abrogándote la autoridad suprema, lo que tu preparas es la caída de la dinastía!» Y sacando la espada se precipitó sobre él echando espumarajos de cólera. Algunos oficiales trataron de contenerle, pero no lo consiguieron mas que á medias; Galib hirió á Ibn-Abí-Amir y este aterrorizado se tiró desde lo alto de la torre. Afortunadamente para él se quedó enganchado de algun pico y esto fué lo que lo salvó.

Después de esta escena la guerra era inevitable, así que, no tardó en estallar. Galib se declaró campeón de los derechos del Califa; parte de las tropas siguieron sus banderas y consiguió además la ayuda de los Leoneses. Diéronse muchos combates en

los que algunos de los personajes mas notables de la corte perdieron la vida. La última vez que vinieron á las manos estaba ya á punto de ser derrotado le ejército de Ibn-Abí-Amir, cuando Galib que cargaba á la cabeza de su caballería tuvo la desgracia de pegar con la cabeza contra el arzon de la silla. Gravemente herido cayó enseguida del caballo y no viéndolo sus soldados y sus aliados cristianos emprendieron la fuga, de modo que Ibn-Abí-Amir consiguió una brillante victoria. Entre los cadáveres se encontró el de Galib. (981.) (1)

Pero Ibn-Abí-Amir no se contentó con este tiempo por grande que hubiera sido. Quería al par castigar á los Leoneses por el apoyo que habian prestado á su rival, y mostrar á sus compatriotas que si habian formado un soberbio ejército no era solo por su interés, sino tambien por el de su patria, invadió pues, el reino de Leon y le hizo sufrir un tremendo castigo. Su vanguardia mandada por un príncipe de

---

(1) Maccari, t. II, p. 64; Ibn-Adhari, t. II p. 299  
Ibn-Hazm «Tratado sobre el amor,» fól. 59 r. Com-  
párese con Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I.  
Apéndice, p. XXXIV. Sobre la fecha véase «ibid,»  
t. I, p. 192, 593.

la familia real, llamado Abdallah, más conocido con el nombre de «Piedra seca,» (1) tomó y saqueó á Zamora (julio de 981.) Verdad es que los musulmanes no pudieron obligar á que se rindiera la ciudadela, pero se vengaron talando á sangre y fuego toda la comarca. Pasaron á cuchillo tres mil cristianos, hicieron otros tantos prisioneros, y en un solo distrito destruyeron un centenar de lugares ó de aldeas, casi todos bien poblados y llenos de iglesias y de conventos. Ramiro III que apenas tenía entónces veinte años se alió con Garci-Fernandez, conde de Castilla y con el rey de Navarra. Marcharon juntos los tres príncipes contra Ibn-Abí-Amir y le presentaron la batalla en Rueda, al S. O. de Simancas, pero fueron batidos y la importante plaza de Simancas, cayó en poder de los Musulmanes. Estos, hicieron pocos prisioneros, la mayor parte de los habitantes y de los soldados fueron muertos. (2) Aunque la estación estaba ya muy adelantada, Ibn-Abí-Amir marchó contra Leon. Ramiro salió á su encuen-

---

(1) Parece que debía este sobrenombre á su avaricia.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 190 y sig.

tro y trató de detenerlo. La fortuna pareció favorecer su audacia; rechazó á los enemigos y los obligó á retirarse á su campamento. Pero allí estaba Ibn-Abí-Amir. Sentado sobre una especie de trono bastante elevado, miraba la batalla y daba sus órdenes. La fuga de sus soldados le hizo estremecerse de indignacion y de ira, y tirándose de su asiento, se quitó su casco de oro, y se sentó en el suelo. Sus soldados sabian lo que significaba esto. Su general no lo hacía sino cuando quería manifestarles su descontento, porque peleaban cobardemente. Así, que la vista de aquella cabeza descubierta, les produjo un efecto extraordinario, avergonzados de su derrota, pensaron que era preciso repararla á toda costa, y dando gritos salvajes se precipitaron sobre el enemigo con tal ímpetu, que le hicieron volver grupas yéndole tan encima que entraron con él por las puertas de Leon, y hubieran tomado la ciudad, si una tormenta de nieve y granizo que descargó de pronto, no les obligara á suspender el combate. (1)

---

(1) Mon. sil, c. 71; compárese con mis «Recherches,» t. I, p. 198.

Cuando Ibn-Abí-Amir volvió á Córdoba (porque la proximidad del Invierno le había obligado á retirarse) tomó uno de esos sobrenombres que hasta entónces no habían sido llevados sino por los Califas, y por el cual hemos de designarle en adelante, el de Almanzor. (1) Quiso también que se le tributaran todos los honores reales. Exigió, por ejemplo, que todo el que llegara á su presencia, sin exceptuar á los visires ni á los príncipes de la sangre, le besara la mano, como se hacía con el monarca. Se le obedeció, y era tanto el deseo que había de agradarlo, que se la besaron también á sus hijos, hasta á aquellos que apenas habían salido de la cuna. (2)

Parecía, pues omnipotente y nadie hubiera dicho que tenía rival. Sin embargo, él no lo juzgaba así. En su opinion había todavía un hombre, que, si nó era peligroso, podía serlo, y este hombre era el general Djafar, príncipe del Zab. Dejafar le había hecho grandes servicios en la guer-

---

(1) «Al-manzor billah,» es decir «ayudado por Dios, victorioso con la ayuda de Dios.»

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 299, 300.

ra contra Galib, pero el doble brillo de su nacimiento y de su fama, habían despertado los celos del ministro y de la nobleza de la córte. (1) Almanzor tomó respecto á él una resolución que echa una mancha indeleble sobre su gloria. Habiendo dado órdenes secretas á los dos Todjibitas Abu-'l-Ahwaz Man y Abderraman ibn-Motarrif, invitó á Djafar á un convite. Djafar aceptó la invitación. La fiesta fué magnífica y gracias á los vinos generosos estaban ya todos alegres cuando el escanciador presentó una copa al ministro. «Llévase-la, dijo á este, al que más estimo.» El copero permaneció suspenso, no sabiendo á cuál de aquellos nobles convidados era al que su señor quería designar. «¡Maldito copero! exclamó entónces Almanzor, llévasela al visir Djafar!» Este, lisonjeado con semejante testimonio de estimación se levantó en seguida, y cogiendo la copa la vació toda de un trago, y olvidando toda etiqueta se puso á bailar. Los demás convidados, arrastrados por su loca alegría siguieron su ejemplo.

---

(1) Véase Maccarl, ». I, p. 258.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche, y cuando se separaron, Djarfar estaba ya completamente ébrio. Volvía á su casa acompañado solo de algunos pajes, cuando de pronto se vió asaltado por los soldados de los Todjibitas, y ántes que tuviera tiempo de defenderse, había dejado de existir; (22 de Enero de 983.)

Su cabeza y su mano derecha fueron enviadas secretamente á Almanzor, que fingió no conocer los autores de este asesinato, y que manifestó una profunda tristeza. (1)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 300, 301, cf. Maccari, t. I, p. 260.

---

## X.

Si el pueblo conoció ó sospechó la verdad respecto á la muerte de Djafar, pronto olvidó este crimen para no ocuparse más que de las nuevas victorias del ministro. Los asuntos del reino de Leon, habian tomado para éste un giro favorabilísimo. Los desastres que experimentó Ramiro III en la campaña de 981, le fueron fatales. Los grandes no querian ya á un príncipe que parecía perseguido por la desgracia, (1) y que además lastimaba su orgullo con sus pretensiones á la autoridad absoluta. Es-

---

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches», t. I, página 106.

talló una rebelion en Galicia. Los nobles de esta provincia resolvieron dar el trono á Bermudo, primo hermano de Ramiro, y en 15 de Octubre de 982 lo consagraron en la iglesia de Santiago de Compostela. Ramiro marchó al punto contra él, y se dió una batalla en Portilla de Arenas, fronterizo entre Leon y Galicia, pero aunque encarnizada quedó indecisa. (1) En adelante, la fortuna favoreció cada vez mas las armas de Bermudo II, y en Marzo del año 984 quitó la ciudad de Leon á su competidor. (2) Para no sucumbir por completo, Ramiro, que se había refugiado en las cercanías de Astorga, se vió obligado á implorar la ayuda de Almanzor, reconociéndose su vasallo. (3) Poco despues murió, (26 de Junio de 984). (4) Su madre pretendió reinar en su lugar, apoyándose en los Musulmanes; (5) pero pronto se vió privada de sus auxilios.

---

(1) Sapiro, c. 29; «Chron. Iriense,» c. 12.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 196.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 107.

(4) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 195, 197.

(5) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 107.

Bermudo había comprendido que si nó se humillaba á pedir lo que había pedido Ramiro, le sería difícil sujetar á los grandes, que se negaban á reconocerlo. Dirigióse, pues á Almanzor, y las promesas que le hizo debieron ser mayores que la de su enemiga, puesto que aquel se declaró por él, poniendo á su disposición un gran ejército de Musulmanes. Gracias á esta ayuda, Bermudo consiguió someter todo el reino á su autoridad, pero fué desde entónces también un lugarteniente de Almanzor, gran parte de cuyas tropas permaneció en el país tanto para vigilarlo como para ayudarlo. (1)

Habiendo hecho así del reino de Leon una provincia tributaria, resolvió Almanzor volver sus armas contra Cataluña. Como esta era un féudo del rey de Francia, los Califas la habían respetado hasta entónces, temiendo que si la atacaban tendrían también que combatir con los franceses. Pero Almanzor no participaba de estos temores; sabía que Francia era presa de la

---

(1) «Chron Iriense,» c. 12; Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, p. 107.

monarquía feudal y que los condes catalanes no podían esperar auxilio alguno por esta parte. (1) Habiendo reunido pues, gran número de tropas salió de Córdoba el 5 de Mayo de 985, (2) llevando consigo unos cuarenta poetas asalariados para que cantaran sus victorias. (3) Pasando por Elvira, Baza y Lorca, llegó á Murcia donde fué á vivir en casa de Ibn-Khattab. Este era un simple particular que no tenía ningun empleo, pero cuyas propiedades eran grandísimas y sus rentas enormes. Cliente de los Omeyas procedía probablemente de origen visigodo y acaso descendía de aquel Teodomiro que cuando la conquista, había hecho con los musulmanes una capitulación tan ventajosa, que él y su hijo Atanagildo reinaron como príncipes casi independien-

---

(1) Véase Ibn-Khaldun en mis «Recherches», t. I, p. 124.

(2) «El martes, doce dias pasados de Dhu-'l-hiddja del año 374, lo que corresponde al 5 de Mayo.» Ibn-abi-'l-Faiyadh, «apud.» Ibn-al-Abbar, p. 252. En el año 985, el 5 de Mayo caía efectivamente en mártes.

(3) Ibn-al-Khatib en su artículo sobre Almanzor, (man. G., fol. 181 r.,) trae la lista de estos poetas.